

Jornada del Buen Pastor por las vocaciones sacerdotales

En el domingo segundo después de Pascua, llamado *del Buen Pastor* por el texto del Evangelio, que presenta la alegoría de Nuestro Señor como Buen Pastor, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X llama anualmente la atención de todos los fieles sobre la importancia y necesidad de las vocaciones sacerdotales, esto es, de pastores verdaderos y entregados por completo al bien de las almas.

Y es que, si tuviéramos que resumir la crisis de la Iglesia, podríamos hacerlo aplicando a la jerarquía de la Iglesia el vaticinio que Jesús se aplicó a sí mismo delante de los apóstoles: «*Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas*». Sí, en esto consiste exactamente la actual crisis de la Iglesia, en que ella vive su Pasión, y en eso se distingue de todas las demás crisis: ***es una crisis que procede de los mismos Pastores***, de la jerarquía: Obispos y Papa, que han perdido totalmente el rumbo de la fe. Y la consecuencia de ello es clara: *las ovejas se han dispersado*. El demonio ha sabido dónde debía golpear; y Nuestro Señor lo ha permitido también para que su Iglesia lo acompañe en su Pasión.

Pertenece a la esencia misma de la Iglesia el que los fieles reciban de sus Pastores la doctrina revelada, la vida divina y la dirección sobrenatural hacia el cielo. Y por eso mismo, no será posible ninguna restauración plena de la Iglesia mientras no venga de la jerarquía, y de la Jerarquía suprema. Mientras tanto, sin Pastores, las almas han de seguir confundidas. Mas frente a eso, ¿qué podemos hacer nosotros?

Formar sacerdotes. Formar buenos sacerdotes. Pedir, suplicar y sacrificarse para alcanzar de Dios estos buenos sacerdotes. Ayudar a formarlos. Tal es la gran intuición del Fundador de nuestra Fraternidad:

«¿Cómo realizar lo que me parecía entonces la única solución para renovar la Iglesia y la Cristiandad? Era todavía un sueño, pero en el cual se me presentaba ya la necesidad, no solamente de transmitir el sacerdocio auténtico, no solamente la “sana doctrina” aprobada por la Iglesia, sino también el espíritu profundo e inmutable del sacerdocio católico y del espíritu cristiano, ligado esencialmente a la gran oración de Nuestro Señor que expresa eternamente su sacrificio de la Cruz».

Está claro: la única manera de ayudar eficazmente a la Iglesia y a las almas es mantener y transmitir el sacerdocio auténtico, a fin de que estos sacerdotes,

formados según la mente de la Iglesia, sigan transmitiendo a las almas la luz de la fe, la gracia de los sacramentos y las directivas que las encaminen hacia su salvación. Más no podemos hacer. Lo demás ya depende sólo de Dios.

Pero ¿estamos verdaderamente convencidos de la importancia de estas vocaciones sacerdotales? ¿Nos sacrificamos debidamente por ellas? ¿Las apreciamos como se merecen en nuestras familias, en nuestros círculos, en nuestros prioratos? Para afianzar esta convicción y aprecio, expliquemos dos cosas: • primero, en qué consiste la vocación sacerdotal; • y luego, la grandeza de la vocación sacerdotal para el candidato que la recibe.

1º Qué es la vocación sacerdotal.

La vocación sacerdotal puede definirse como *«el acto por el cual Dios llama a aquellos que ha elegido desde toda la eternidad, para recibir el sacramento del Orden sagrado, es decir, para abnegarse e inmolarse por la salvación de las almas»*. Estos elegidos los saca Dios de todas partes, de todas las condiciones y clases sociales; esto es, de entre los ricos y de entre los pobres, de entre los letrados y de entre los ignorantes, de entre los inocentes y santos y de entre los pecadores...

«Considerad, hermanos –decía San Pablo a los Corintios–, quiénes habéis sido llamados. Que no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes lo necio del mundo se escogió Dios, para confundir a los sabios...» (1 Cor. 1 26).

Las únicas condiciones que se les exigen son las que reclama la Iglesia, y que se cuentan al número de dos: • quererlo por un motivo recto; • y tener las debidas aptitudes.

1º Quererlo por un motivo recto. Esto es, no se debe aspirar al sacerdocio por razones interesadas, por lucro personal o familiar, por conseguir una mejor posición social; sino que hay que apuntar a él por un motivo sobrenatural, inspirado por la gracia.

«A nadie se ha de imponer temerariamente la carga de funciones tan elevadas –enseña el Catecismo de Trento–. [...] “Nadie se arroge esta dignidad si no es llamado por Dios” (Heb. 5 4), esto es, si no ha sido llamado por los ministros legítimos de la Iglesia; no habiendo nada más pernicioso para la Iglesia que los temerarios que se atreven a apropiarse por sí mismos este ministerio. Por eso, sólo entran por la puerta de la Iglesia a estas elevadas funciones quienes abrazan este género de vida proponiéndose servir la honra de Dios. Pero entran a este ministerio por otra parte, como ladrones, no siendo llamados por la Iglesia, quienes se proponen un fin indigno, como su comodidad e interés, o el deseo de honores y la ambición de riquezas o de beneficios. Esos tales, que se apacientan a sí mismos y no a sus rebaños (Ez. 34 2 y 8), son llamados mercenarios por nuestro Señor (Jn. 10 12), y no sacarán del Sacerdocio sino lo que sacó Judas de su dignidad en el Apostolado, a saber, la eterna condenación».

2º **Tener las debidas aptitudes.** Que pueden ser de orden moral y de orden intelectual. • *De orden moral:* gozar de buena reputación, esto es, tener buenas costumbres. • *De orden intelectual:* tener la capacidad suficiente para llevar adelante los estudios eclesiásticos.

«En cuanto a los que son aptos para recibir este Sacramento –sigue diciendo el Catecismo de Trento–, hay que elegirlos con especialísimo cuidado, pues este sacramento no se ordena sólo a la santificación personal de quien lo recibe, como los otros seis, sino al servicio de la Iglesia y a la santificación de todos. Y así, se requiere en el Ordenando:

• **Santidad de vida y de costumbres,** por estar obligado a dar a los demás ejemplo brillante de virtud y de inocencia.

• **Ciencia necesaria;** pues el sacerdote ha de poseer el conocimiento que es necesario para el uso y administración de los sacramentos, que es uno de sus cargos, y para llevar al pueblo a la salvación eterna, que es el segundo de sus cargos, instruyéndolo en las cosas necesarias para salvarse, como son los misterios de la fe cristiana y los preceptos de la Ley de Dios, excitándolo a obras de virtud y de devoción, y apartándolo de los vicios».

De donde se deduce que, por una parte, no se requiere para la vocación sacerdotal ningún atractivo sensible, ningún suspiro interior, ninguna inspiración o sensación interior... Basta quererlo sinceramente: *«Si quieres ser perfecto –dijo Nuestro Señor al joven rico–, ven y sígueme».* Mas, por otra parte, querer una cosa tan loca a los ojos del mundo es un efecto espectacular y cierto de la gracia de Dios; y esta gracia de Dios, que *«realiza en nosotros el querer y el obrar»*, es la gracia de la vocación. ¿Quieres servir a Dios en el don total?... Entonces, tienes la vocación.

2º Grandeza de la vocación.

Y ¿en qué estriba la grandeza de esta vocación? Muchas cosas se podrían decir al respecto; pero limitémonos a tres, enumerando aquellas cosas que pueden entusiasmar a un joven en favor de la vocación, o a una familia a cultivarla esmeradamente en sus hijos.

1º Ante todo, la vocación es grande por ser **una gracia selecta del Corazón de Jesús.** El candidato al sacerdocio ha sido objeto de una elección por parte de Dios; y esta elección implica una preferencia; y esta preferencia implica un amor mucho mayor.

Acordémonos del ejemplo del joven rico. Dice el Evangelio, con extremada delicadeza, que Nuestro Señor, al ver a ese joven que desde su juventud había observado todos los mandamientos, «lo miró atentamente y lo amó». Ese es el secreto de la vocación, que podemos adivinar igualmente en todos los apóstoles. ¡Qué encantadoras son las páginas del Evangelio que nos narran el llamado de Andrés, de Juan, de Santiago, de Pedro! ¡Cómo Nuestro Señor atrae a esos jóvenes, se los gana, los ama, los escoge, y les dice claramente: «Dejadlo todo y seguidme, que Yo os haré

pescadores de hombres»! Esta elección divina supone, claro está, una providencia especial de Dios respecto de su elegido, y una singular preferencia divina.

2° En segundo lugar, la vocación es grande por lo que produce en el llamado, a saber, **una identificación total con Nuestro Señor Jesucristo**. Jesús, al llamar a un joven al sacerdocio, lo llama nada menos que a compartir su vida, sus misterios, sus intereses, sus gracias, sus sufrimientos.

*Esta identificación llega a ser tan grande, que en la administración de los sacramentos el sacerdote habla como Cristo, le presta su lengua: «Esto es **mi cuerpo**, este es **el cáliz de mi sangre**; yo te **absuelvo** de tus pecados; yo te **bautizo**...». ¿Puede haber algo más entusiasmante para un joven, algo más por lo que valga la pena vivir?*

3° Finalmente, la vocación es grande por sus efectos, esto es, por **su fecundidad apostólica**. A veces tenemos demasiado la tendencia a pensar que podemos disponer de nuestra vida como mejor queramos, siempre que no ofendamos a Dios, claro está. Y no hay nada más falso. Todos nosotros entramos en un plan divino, en un designio de Dios, que está totalmente centrado en la salvación de las almas mediante la Iglesia. Pero en esa Iglesia, Dios nos tiene asignado a cada uno de nosotros un lugar, una misión, un papel que cumplir: y ese lugar, esa misión, ese papel, no lo elegimos nosotros, sino Dios. Y Dios nos lo indica por el estado de vida, que para muchos es lo mismo que su vocación.

Así pues, por la vocación un joven se coloca en el lugar donde Dios sabe, por una parte, que se salvará más fácilmente; y donde Dios sabe, por otra, que podrá colaborar mejor al bien de toda la Iglesia, ayudando a salvar almas.

Conclusión.

La Iglesia es un cuerpo vivo, que reclama un crecimiento, un desarrollo. Y las vocaciones son cruciales para este crecimiento y desarrollo. El cuerpo no reclama sólo la comida para mantenerse en vida, sino también para crecer. Nosotros necesitamos las vocaciones, no sólo para mantener lo que tenemos, sino para poder seguir creciendo, para poder llevar socorro a tantas almas desamparadas, que piden auxilio; y para poder brindarlo hacen falta sacerdotes. Pidámoselos, pues, al Señor, y contribuyamos a ganar nuevas vocaciones:

- *Nosotros, **sacerdotes y seminaristas**, santificándonos cada día más, con el fin de atraer a nuevos jóvenes al seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo.*
- *Ustedes, **familias católicas**, cultivando la santidad familiar, que les permita crear en sus hogares la atmósfera propicia para el desarrollo de las vocaciones entre sus hijos.*
- *Y ustedes, **jóvenes**, pensando detenidamente si el Señor no los llama a su santo servicio.*